

ROMPER EL TRIÁNGULO DE HIERRO

Al acudir apresuradamente a Washington en los días que siguieron al 11 de septiembre, el primer ministro japonés quedó consternado al constatar que las preocupaciones de Bush y sus consejeros quedaban muy lejos de la guerra contra el terrorismo¹. Dejando a un lado la oferta de Koizumi de una fuerza conjunta de autodefensa, los consejeros del presidente se concentraron en la cuestión principal: ¿cuándo –querían saber– iba a su país a resolver el problema de los créditos incobrables? Japón ha sido el hombre enfermo del capitalismo global durante más de una década, desde el pinchazo de su burbuja bursátil a finales de la década de 1980, pero su situación se está deteriorando ahora rápidamente. El malestar se ha extendido desde los sectores de la banca y las finanzas hasta infectar todo el sistema, castigando a una economía en otro tiempo confiada y potente. El FMI ha pronosticado una contracción del PIB del 0,9 por 100 en el período de doce meses que concluye en marzo de 2002, seguidos por otra caída del 1,3 por 100 en los doce meses siguientes, lo que representa el declive más largo que ha sufrido el país desde la década de 1950. La deuda ha crecido en proporciones insostenibles. Confrontado al entenebrecimiento de la situación global y a su propia recesión tras la burbuja, la amenaza real a Estados Unidos proviene hoy día no de un puñado de fanáticos uajabíes, sino de la economía japonesa en recesión. El proceso de declive, que se viene acelerando, amenaza desencadenar una implosión que podría tragarse a toda la región, y hasta al planeta entero.

Hace apenas una generación Japón podía aspirar al liderazgo de la OCDE en cuanto a riqueza y productividad. A comienzos del siglo XXI es el país más endeudado; la luz va apagándose poco a poco. El PIB creció modestamente durante la década de 1990, a un promedio del 1,3 por 100, pero todavía sigue siendo enorme, sólo aventajado por el de Estados Unidos;

¹ Tsurumi YOSHIHIRO, «El Plan de Cooperación de 7 puntos visto desde Estados Unidos», *Shūkan kinyōbi* (5 de octubre de 2001). Agradezco a Jennifer Amyx, Aoki Hidekazu, Kaneko Masaru, Mark Selden y Andrew Glyn sus consejos, críticas y sugerencias.

el PIB per cápita creció un 16 por 100. Japón sigue siendo el mayor depósito del mundo de riqueza; sus elevados ahorros y su bajo consumo mantienen el régimen estadounidense de bajos ahorros y elevado endeudamiento. Los artículos que produce siguen siendo apreciados en el mercado global y su balanza comercial, aunque va deteriorándose, es todavía positiva². Pero esa apariencia de normalidad es engañosa. Japón es el único país industrial en el período de posguerra que ha experimentado una deflación crónica. El índice Nikkei –cuya cima de 38.000 puntos ya no era más que un lejano recuerdo cuando llegó al poder el gobierno Koizumi en abril de 2001– ha desfondado, al menos coyunturalmente, la barrera de los 10.000. Desde el pinchazo de la burbuja bursátil se ha evaporado de la riqueza nacional la apabullante cifra de 1.364 billones de yenes (bastante más de 10 billones de dólares). Los activos inmobiliarios han caído en 775 billones de yenes (5,85 billones de dólares) desde 1989, y los títulos-valores en 589 billones de yenes (4,44 billones de dólares), perdiendo hasta la tercera parte de su nivel de 1989, y se mantienen muy inestables³.

Cayendo desde los cielos

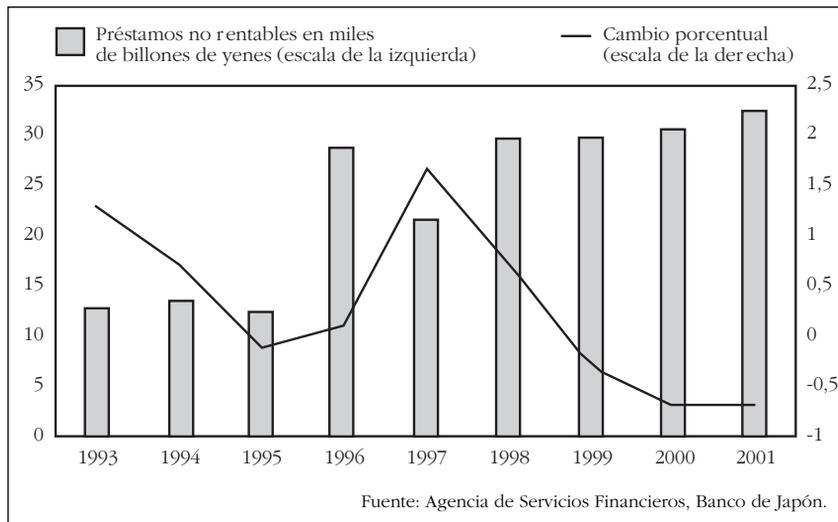
Con los precios cayendo aproximadamente un 1 por 100 anual, y el creciente desempleo a medida que las empresas quiebran o huyen al extranjero, existe un riesgo real de que Japón caiga en una espiral deflacionista salvaje. El pleno empleo, «para toda la vida», ha desaparecido en menos de una generación y el número de desempleados ha crecido rápidamente. Las cifras oficiales muestran un incremento (a partir de un 2 por 100 estable desde 1977) hasta el 3 por 100 en 1994 y el 5 por 100 en 2001 (3 millones y medio), y el 12,4 por 100 para la población comprendida entre quince y veinticuatro años. Una evaluación gubernamental de septiembre de 2001, sin embargo, sugería una cifra real del 10,4 por 100, o sea, en torno a 7,38 millones de desempleados, basándose en estimaciones de los puestos de trabajos perdidos y de la gente que desea un puesto de trabajo aunque no lo esté buscando activamente. Si se suman a esas cifras las estimaciones actuales de «empleos excedentes» (8,1 por 100 de los puestos de trabajo actuales, esto es, en torno a 5,26 millones) se alcanza el 13,5 por 100, rondando los 10 millones de desempleados. Las cifras recientes de suicidios ofrecen un índice dramático del malestar social:

² «Los estadounidenses, optimistas, consumen entre un 4 y un 5 por 100 más de lo que producen, mientras que los japoneses, llenos de preocupaciones, consumen entre un 2 y un 3 por 100 menos de lo que producen, y envían sus ahorros al otro lado del Pacífico para contribuir a mantener la deuda de los consumidores que asegura el *boom* americano.» RONALD DORE, «Will Global Capitalism be Anglo-Saxon Capitalism?», NLR 6 (noviembre-diciembre de 2000), p. 112.

³ HIDEO TSUCHIYA, «Es hora de que la industria ceda el paso a la inteligencia», *Nikkei Weekly* (17 de enero de 2000). Las equivalencias en dólares (aproximadas) se ajustan al tipo de cambio del 11 de enero de 2002, 1 dólar = 132,6 yenes.

más de 30.000 por año entre 1997 y 2000, o sea, cerca de cien diarios, lo que representa tres veces más que los muertos en accidentes de tráfico⁴. ¿Y cómo ha podido caer tan bajo el otrora poderoso Japón? El conjunto de problemas que afronta el país tiene tanto una dimensión global, en relación con la economía mundial, como una local. Un aspecto clave de esta última, como se argumentará, reside en el sistema único del *doken kokka* o «Estado constructor», el objeto central de este artículo. Antes, sin embargo, podría ser útil exponer la escalada actual de la deuda del país. Para el sector privado las estimaciones varían ampliamente, al igual que el total de préstamos no rentables existentes en el sistema bancario japonés. La cifra oficial de unos 32 billones de yenes (más de 240.000 millones de dólares) representa un salto de vértigo confrontada con la deflación (véase Figura 1); pero generalmente se considera sólo la punta del iceberg. La suma total de débitos de las empresas en dificultades o en quiebra se eleva a 80-100 billones de yenes (entre 600 y 750.000 millones de dólares) según el gobierno estadounidense; 111 billones de yenes (aproximadamente 840.000 millones de dólares) según el FMI; y 240 billones de yenes (1,81 billones de dólares, aproximadamente el 50 por 100 del PIB) según analistas del sector privado⁵. Es, por lo tanto, más del triple del total de créditos considerados incobrables –71 billones de yenes (más de 500.000 millones de dólares)– por los bancos japoneses en la década precedente.

FIGURA 1: PRÉSTAMOS NO RENTABLES Y DEFLACIÓN



⁴ Hamashino MOTOYASU, «La realidad de una era de «diez millones» de desempleados», *Ekonomisuto* (25 de diciembre de 2001), p. 36. El informe oficial consideraba únicamente los 3,5 millones de personas que buscan activamente empleo en el transcurso de una semana. Cifras de suicidios: *Asabi Shimbun* (4 de enero de 2002).

⁵ FMI, «Japan: 2001 Article IV Consultation», *Country Report* (agosto de 2001), p. 22; *Economist Intelligence Unit Country Report* (diciembre de 2001), p. 31.

En 1995 los diez mayores bancos del mundo eran todos ellos japoneses; actualmente sólo quedan dos en ese primer rango. A principios de enero de 2002 el gobernador del Banco de Japón advirtió que la tasa de adecuación de capital de los principales bancos japoneses era apenas el 5 por 100, lo que significa que no llegaban ni a la mitad del nivel considerado financieramente saludable por el *Bank for International Settlements*. La simple amortización de todas las deudas originaría una oleada catastrófica de quiebras, profundizando la recesión y sumando entre medio millón y millón y medio de personas a las filas de los desempleados (en opinión de algunos comentaristas extranjeros, hasta 3-4 millones). Liquidarlas mediante una inyección de fondos públicos exigiría un enorme esfuerzo –hasta el 50 por 100 del PIB– desplazando simplemente la carga sobre los hombros de los contribuyentes⁶.

La deuda del sector público japonés es igualmente inmanejable. Constituye actualmente un descomunal 12 por 100 de la deuda global total, el 20 por 100 si se incluyen los cuidados médicos y las pensiones no gestionados de acuerdo con un criterio financiero. Sólo para estabilizar la suma actual, en el año 2005 se necesitaría una cantidad equivalente al 10,5 por 100 del PIB, esto es, en torno a 55 billones de yenes o aproximadamente 415.000 millones de dólares, lo que representaría una reasignación presupuestaria mayor de lo que se ha intentado nunca en una economía industrial. Las cifras han crecido del 58 por 100 del PIB en la década de 1990 al 140 por 100 que se espera para 2001, y si sigue así alcanzará el 200 por 100 en 2005⁷. La deuda total de los gobiernos central y locales se espera que alcance 666 billones de yenes (en torno a 5 billones de dólares, o sea, equivalente a doce años de impuestos) en marzo de 2002, y que supera los 800 millones de yenes (6 billones de dólares, o 16 años de impuestos) si se incluye el déficit de las empresas públicas. Un comentarista ha calculado que esa suma, en billetes de 10.000 yenes, alcanzaría una altura que equivaldría a 800 veces la del monte Fuji⁸. Según las previsiones actuales, la deuda pública se duplicará hacia 2010 y llegará a triplicarse en la década siguiente.

Japón se está quedando poco a poco sin fondos. De su presupuesto anual actual de unos 80 billones de yenes (600.000 millones de dólares), más de un tercio proviene de la emisión de bonos del tesoro –en otras pala-

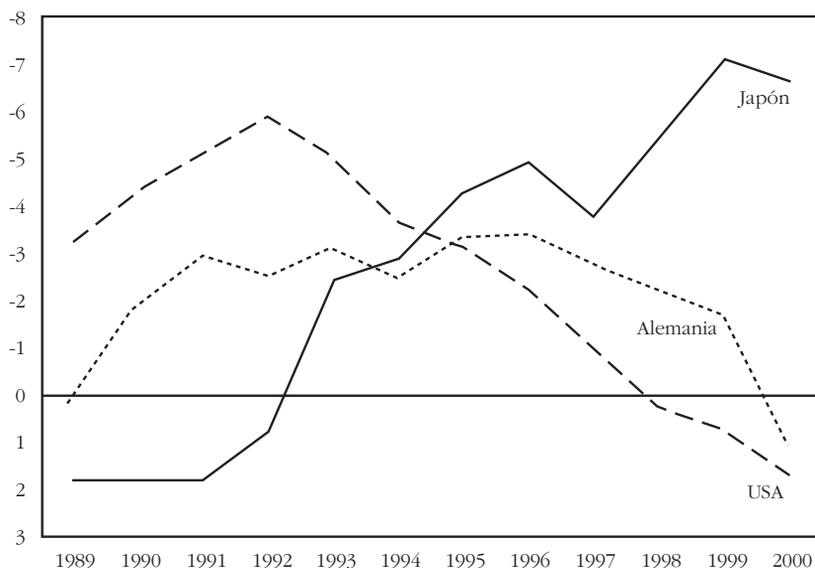
⁶ Citado por John PHACEAS, Informe *Mainichi Shimbun*, *Australian* (7 de enero de 2002); Hirano JUNICHI, «La gravedad de la situación», *Ekonomisuto* (17 de julio de 2001); Kaneko MASARU *et al.*, «Una propuesta en oposición a la Reforma Estructural de Koizumi», *Sekai* (agosto de 2001), p. 65; Richard KATZ, «Koizumi's Self-Defeating Policies», *Financial Times* (9 de julio de 2001).

⁷ Ministerio de Hacienda, «Reflejos del presupuesto del año fiscal 2001» (abril de 2001); David ASHER, «Could Japan become the “England of the Far East”?», *American Enterprise Institute for Public Policy Research* (junio de 2001); David ASHER y Robert DUGGER, «Japan Faces Bankruptcy if it Continues on this Path», *Ronsō-Tōyōkeizai* (septiembre de 2000), pp. 35-41.

⁸ Asai TAKASHI, *2003 nen Nihon basan (Japón quebrará en 2003)*, Tokio, 2000, p. 35.

bras, es dinero prestado—, mientras que la cuarta parte de sus pagos —en torno a 20 billones de yenes (150.000 millones de dólares)— sirve para atender al servicio de la deuda⁹. El tratado de Maastricht establece un límite para el déficit nacional de 13 por 100 del PIB; Japón no entró en déficit hasta 1992, tras el pinchazo de su burbuja bursátil, pero ese porcentaje se ha elevado desde entonces al 5 por 100 en 1996 y al 11 por 100 que se prevé para el presente año financiero (véase Figura 2)¹⁰. Para la década de 1990 en su conjunto, el producto nacional se incrementó en 57 millones de yenes (más de 430.000 millones de dólares), esto es, en torno al 10 por 100 del PIB, pero la deuda creció en 342 millones de yenes (más de 2,5 billones de dólares), o sea, aproximadamente el 70 por 100 del PIB, lo que supone una montaña de deudas para un ratón de crecimiento del PIB¹¹. Se trata de una situación peor que la que afrontaba Gran Bretaña en 1976, Italia en 1991 o incluso la Alemania de Weimar en 1921; en resumen, Japón se enfrenta actualmente a una crisis de la deuda pública más profunda que la atravesada por ningún otro país en la historia moderna¹².

FIGURA 2: DÉFICIT (–) Y SUPERÁVIT (+) PRESUPUESTARIOS
% DEL PIB 1989-2000



Fuente: OECD Economic Outlook 70.

⁹ Ministerio de Hacienda, «Reflejos del presupuesto del año fiscal 2001», cit.

¹⁰ Ishi HIROMITSU, *Making Fiscal Policy in Japan: Economic Effects and Institutional Settings*, Oxford 2000, p. 121.

¹¹ Kaneko MASARU, Jinno NAOHIKO y Nomura HIROYASU, «Detener el colapso financiero», *Sekai* (octubre de 2000), p. 60.

¹² La deuda británica en 1947, en relación con los impuestos recaudados, era del 707,5 por 100. Hasta el año 2000, cuando Japón registró un 1.548,45 por 100, nunca se había alcanzado una cifra semejante. Véase Asher y Dugger, «Japan Faces Bankruptcy...», cit., p. 40.

Se acostumbra a decir que la deuda de Japón es principalmente doméstica, más que extranjera. Pero las reservas de ahorros nacionales en cuentas de la caja postal y fondos de pensiones pertenecen al pueblo japonés, no a su gobierno; y una proporción significativa de ellas se ha invertido ya en instituciones públicas o semipúblicas que se hallan en profundas dificultades financieras¹³. Nadie sabe exactamente cuánto dinero se ha perdido de esa forma, pero cuando en octubre de 2000 el Ministerio de Finanzas hizo por primera vez un inventario nacional, concluyó que el Estado en su conjunto debía entre 130 y 780 billones de yenes, esto es más de 5,89 billones de dólares¹⁴.

Fundamentos del doken kokka

Nada de esto es desconocido en Japón, donde los economistas vienen desde hace años declarando al país en bancarrota o al borde de la quiebra y existe una literatura catastrofista cada vez más abundante. En un momento quizá de distracción o inadvertencia, el veterano ministro de Finanzas Miyazawa Kiichi se unió al coro en marzo de 2001, caracterizando al país como «cerca de la bancarrota». Según Takemura Masayoshi, ministro de Finanzas a mediados de la década de 1990, «el país está arruinado»: sólo en las extraordinarias circunstancias de la Segunda Guerra Mundial experimentó Japón una situación financiera tan desesperada¹⁵. Pero se trata de lágrimas de cocodrilo. La Oficina de Fondos Fiduciarios del Ministerio de Finanzas ha sido durante décadas uno de los principales agentes del sistema específico basado en las obras públicas del *doken kokka* o «Estado constructor», que constituye una clave decisiva de la desesperada situación de Japón.

El *doken kokka* se basa, no en los famosos mundialmente famosos fabricantes del archipiélago, sino en un «triángulo de hierro» de políticos y burócratas, instituciones financieras y empresas constructoras. Su forma de operar es opaca, sin que rinda cuentas a nadie, siendo, por lo tanto, difícil de reformar. Esencialmente capacita a los poderosos burócratas del país para canalizar los ahorros de toda una vida de la población hacia un amplio abanico de instituciones públicas llenas de deudas —por ejemplo, las que están a cargo de las autopistas, de la construcción de puentes y de los planes de desarrollo—, en las que muchos de esos mismos buró-

¹³ Hasta finales de 1999 se habían prestado a las empresas públicas 257 billones de yenes (aproximadamente 2 billones de dólares), «El examen de las instituciones públicas hace aún más triste la realidad», *Nikkei Weekly* (25 de junio de 2001).

¹⁴ Dependiendo de si se incluyen o no los pasivos implícitos relacionados con las partidas de bienestar y pensiones, «El gobierno debe 780 billones de yenes», *Japan Times* (6 de octubre de 2000).

¹⁵ Los términos de Miyazawa fueron «*bakyoku ni chikai*». «Japan Nearly Bankrupt», *Sydney Morning Herald* (9 de marzo de 2001); «¿Afligirse por el déficit presupuestario?», *Asabi Shim-bun* (31 de diciembre de 1999).

cratas se procuran lucrativas sinecuras para después de la jubilación. Para los políticos locales, la *doken kokka* significa nuevos proyectos promisorios de obras públicas –viables o no, eso es otra cuestión– en sus circunscripciones, a cambio de fondos y votos.

Actualmente nadie duda de que el sistema está profundamente contaminado y necesitado de reformas; sin embargo, la mayoría de los políticos, muchos burócratas, miles de empresas y millones personas dependen de él en cierto grado. El sector de obras públicas japonés ha crecido hasta triplicar en tamaño el de Gran Bretaña, Estados Unidos o Alemania, empleando a 7 millones de personas, o sea, el 10 por 100 de la fuerza de trabajo, y gastando entre 40 y 50 millones de yenes anualmente, esto es, 350.000 millones de dólares, el 8 por 100 del PIB o entre dos y tres veces el de otros países industriales. Obviamente, eso ha significado beneficios a corto plazo para muchos, no incluyendo tampoco la absorción del desempleo durante la larga recesión de la década de 1990. Poco a poco, sin embargo, la infraestructura de obras públicas se ha visto reemplazada por una «exoestructura» de iniciativas emprendidas por sí mismas, mientras que la alianza cómplice en el corazón del sistema ha corrompido tanto la política como la sociedad. En Japón hay ahora más presas y carreteras por unidad de superficie que en Estados Unidos. La mitad de sus costas y la mayoría de sus ríos se han envuelto en hormigón, el 90 por 100 de sus humedales se han visto drenados y perdidos, sus aguas subterráneas están exhaustas y su biodiversidad amenazada.

En el corazón del *doken dokka* se hallan dos peculiares instituciones japonesas; la primera es el *zaitô*, o Programa de Préstamos e Inversiones Presupuestarias, bajo el que la Oficina de Fondos Fiduciarios del Ministerio de Finanzas ejerce un control prácticamente sin trabas sobre las inversiones de las vastas reservas de ahorros nacionales en cuentas de la caja postal, seguros y programas de pensiones públicas¹⁶. Calificado con razón como el segundo presupuesto de Japón, el *zaitô* debería supuestamente asegurar la puesta en práctica de los planes de obras públicas necesarios para el desarrollo del país a largo plazo, se disponga o no de financiación del sector privado. La segunda institución, el *Zensô*, o sistema de planificación nacional de obras públicas, se estableció en la década de 1950 para orientar el desarrollo de posguerra, aunque sus orígenes hay que buscarlos en los esfuerzos de construcción del Estado en Manchuria en los años anteriores a la guerra. La necesidad de un desarrollo público de infraestructuras sociales estaba clara en las primeras décadas de posguerra, y el crecimiento fue tan rápido que pronto se redimieron los grandes planes de inversiones públicas. Sin embargo, a partir de los primeros trastornos petrolíferos en 1973, las «milagrosas» tasas de crecimiento cedieron el paso a nive-

¹⁶ Aoki HIDEKAZU, *Zaiseitôyûshiron* (Sobre el Sistema de Préstamos e Inversiones Presupuestarias), texto inédito, ofrece el mejor análisis de ese sistema. Agradezco al señor Aoki el acceso a su manuscrito.

les del 3 por 100 y aun menores; la proporción entre deuda y PIB, todavía baja en 1974 con un 9,7 por 100, comenzó a crecer desde entonces.

Durante las décadas de posguerra el crecimiento ha tenido lugar en un marco presupuestariamente conservador; el activismo presupuestario keynesiano no se adoptó hasta 1973, cuando el Estado se orientó cada vez más hacia las obras públicas capaces de absorber mano de obra desocupada, financiándolas mediante la emisión de deuda pública. A partir del mandato de Tanaka y sus sucesores, el *doken kokka* extendió una red de poder y corrupción por todo el país, sustituyendo la política en sentido estricto por la representación de intereses –intermediación–, legitimado por sus beneficios a corto plazo y por el motor para el crecimiento que parecía proporcionar.

Hormigonando el archipiélago

El *zaitô* se convirtió en una máquina para apoyar a las empresas de construcción a gran escala aliadas al PLD y a las empresas semipúblicas dirigidas por burócratas retirados, un terreno en el que difícilmente podían entrar los fríos vientos del mercado. Cuando tras el pinchazo de la burbuja bursátil se inició una recesión crónica a comienzos de la década de 1990, el gobierno se inclinó por déficits keynesianos aún mayores y cada vez menos eficaces. Fue en esta fase cuando el efecto de bola de nieve comenzó a cobrar un impulso incontrolable y la expansión que había durado décadas de ese núcleo duro de obras públicas pudo contemplarse como lo que era: insostenible y «devoradora del futuro», caracterizada no sólo por costes ambientales y sociales inmensos, sino por la corrupción y la irresponsabilidad presupuestaria. A finales de la década de 1990 el déficit se había hecho crónico, estructural e insoportable, ejerciendo una presión negativa cada vez mayor que ha contribuido a arrastrar a la economía japonesa hasta su actual nadir.

El panorama del Japón regional está todavía hipotecado por los desastrosos planes de desarrollo industrial efectuados por el *Zensô* inspirado por Tanaka, «Reestructuración del Archipiélago», llevados a cabo entre 1969 y 1976. En Hokkaido, el proyecto de Tomakomai oriental ha colapsado recientemente, dejando deudas por valor de 180.000 millones de yenes (1.350 millones de dólares); el de Mutsu-Ogawara, en Aomori, acumuló 230.000 millones de yenes de deudas (1.740 millones de dólares) antes de transformarse en una gigantesca instalación para el reprocesado de residuos nucleares, con un coste adicional de 2 billones de yenes (más de 15.000 millones de dólares). En la década de 1980, cuando la burbuja especulativa llegó al máximo, el proyecto de Nakasone, «Parques Temáticos en el Archipiélago», sustituyó a las enormes instalaciones industriales de Tanaka, poniéndose a la orden del día los proyectos conjuntos entre el sector público y el privado. El mayor de todos ellos fue la Cúpula Oceánica Gaia, un centro turístico modelo en la prefectura de Miyazaki con un hotel de 750 habitaciones, una sala de conferencias para 5.000

asistentes, playa cubierta y olas artificiales. Ese proyecto se vino abajo en febrero de 2001, dejando una deuda de 276 .000 millones de yenes (más de 2.000 millones de dólares), y aunque se habían gastado 200.000 millones de yenes (1.500 millones de dólares) en su construcción, se vendió, junto con otros dos proyectos, a la empresa estadounidense Ripplewood Holdings por sólo 1.800 millones de yenes (14 millones de dólares)¹⁷.

Al igual que Tomakomai oriental y Miyazaki, innumerables ciudades y pueblos de todo Japón se enfrentan al día de hoy a una crisis financiera debido al legado del Estado constructor en bancarrota, tanto en la forma Tanaka como en la Nakasone, y la carga de la deuda seguirá pesando sobre su población mucho después de que los liquidadores se hayan desecho de los activos. La deuda de los gobiernos locales ha crecido de 70 billones de yenes a 187 billones durante la década de 1990 (de 500.000 millones de dólares a 1,4 billones), es decir, del 15 al 36 por 100 del PIB, sumiéndose en la crisis financiera a una prefectura tras otra. Después de décadas de revolcarse en el pesebre de las obras públicas, construyendo puentes, autopistas, centros culturales, campos de atletismo, galerías de arte y salas de conciertos, financiados a menudo por Tokio hasta en un 90 por 100, la deuda acumulada y las crecidas cargas de gestión de las instalaciones están pesando sobre los servicios de bienestar social, precisamente cuando los costes —especialmente los de las pensiones, cuidados médicos y sanitarios—, están creciendo debido al envejecimiento de la población¹⁸. La argumentación según la cual esos proyectos servirían como espoleta keynesiana se ha demostrado inválida: administrados por el triángulo de hierro, los gastos de inversión públicos efectuados para provocar una demanda autosostenida de la economía han funcionado como esteroides, hinchando la economía en lugar de fortalecerla.

A pesar de todo, el *doken kokka* ha permanecido intacto durante la década de 1990. El actual *Zensô*, anunciado en marzo de 1999 como anteproyecto para el desarrollo nacional hasta 2010, es un diseño grandioso que apunta a la construcción de nuevas líneas férreas, autopistas, aeropuertos, sistemas informáticos, no menos de seis nuevos puentes entre las islas, grandes presas e instalaciones nucleares, y por último, aunque ello no le reste un ápice de importancia, una nueva capital —con un coste cercano a los 14 billones de yenes (más de 100.000 millones de dólares), más 3-6 billones de yenes (entre 20 y 40.000 millones de dólares) para las infraestructuras de transporte accesorias—, que asumiría muchas de las funciones que ahora desempeña Tokio. El «Plan Básico de Inversiones

¹⁷ Para una lista reciente de empresas públicas locales quebradas, véase Araya HIROTAKE, «Las representaciones cotidianas del teatro rústico que hacen funcionar al sector terciario en su ciudad», *Ekonomisuto* (10 de julio de 2001).

¹⁸ Jinno NAOHICO y Kaneko MASARU, *Zaisei hôkai o kuitomeru-saimu kanrigata kokka no kôsô* (Evitar el colapso financiero-Líneas maestras de una regulación estatal de la deuda), Tokio, 2000, pp. 32-33; Comité Medioambiental para el siglo XXI, *Kyodai kôkyo jigyô* (Obras públicas a gran escala), Tokio, 1999, p. 42.

Públicas», según el cual los gobiernos central y locales, junto con las empresas públicas, deberían invertir, en el período 1995-2007, 630 billones de yenes (4,75 billones de dólares) de dinero del contribuyente, sigue en pie, sin modificación¹⁹.

Los planes pretenden aumentar las autopistas existentes en el país de 6.861 a 9.342 km, y las carreteras de montaña de 127.000 a 270.000 km; construir tramos importantes de la nueva línea férrea de alta velocidad [*shinkansen*] en Hokuriku y Kyushu, con un coste proyectado de 7 billones de yenes (más de 50.000 millones de dólares). Se construirán aeropuertos en Kobe, Chubu y Shizuoka, y se ampliará el de Kansai; también se pretende ampliar las presas de Yamba, Nagashima y Tokuyama, construir una «autopista de enlace» –*Ken'ō dō*–, una versión japonesa de la M25 londinense, con un recorrido de 270 km a lo largo de las prefecturas de Chiba, Ibaraki, Saitama y Kanagawa, así como el propio Tokio; drenar los humedales Washiro junto a la ciudad de Fukuoka, para construir una nueva «Ciudad-Isla». También comienza a planearse un patológico proceso de «supercanalización», destinado a proteger los principales ríos del país frente a inundaciones que se producen una vez cada doscientos años, aunque se prevé que su realización completa podrá durar hasta mil años. El gobierno se ha comprometido asimismo a construir al menos diez nuevas centrales nucleares en la década que comienza, lo que conllevará no sólo enormes gastos de construcción, sino también los destinados a vencer la hostilidad de la opinión pública local, mientras que la nueva base que está decidido a construir para los marines estadounidenses en Okinawa se estima que costará alrededor de 1 billón de yenes (75.000 millones de dólares). Como sucedía con el navío de guerra Yamato, el sistema de obras públicas a cargo del Ministerio de Finanzas se concibió como la construcción más espléndida que cabía imaginar, pero se ha demostrado tan gigantesco e inmanejable que resulta casi imposible hacerlo virar.

Estrategias oficiales

Koizumi ganó con una mayoría abrumadora las elecciones de 2001 tras haber prometido en su campaña una reforma estructural radical: «Fuera Santuarios» es un eslogan frecuentemente repetido con el que advierte el dolor que está por llegar. Pero el *doken kokka* no es tan sólo la creación sino un *alter ego* virtual del PLD de Koizumi, y casi un año después de haber entrado en funciones todavía no hay señales de que realmente pretenda dismantelar el sistema que lo amamantó. Pese a toda su fanfarronería, sus propuestas para afrontar el problema de la deuda (un límite a la emisión anual de bonos del tesoro, mayor financiación pública para los bancos, más privatizaciones) han sido notablemente modestas. El límite de 30 billones de yenes (unos 230.000 millones de dólares) a la emisión anual de bonos del tesoro sólo conseguirá

¹⁹ Hiramoto KAZUO en «Shin shuto tanjō» (Nacimiento de una nueva capital), *Jitsugyōno Nihon*, número especial (junio de 1996), pp. 52-57.

evitar el aumento de nueva deuda. Aunque sus implicaciones en materia de política presupuestaria sean drásticas, puesto que se recortará el gasto en 4 billones de yenes (más de 30.000 millones de dólares), por el momento no constituye más que un preludio para cualquier solución real.

Los principales bancos de Japón han absorbido ya grandes cantidades de fondos públicos, incluido el paquete de recapitalización de 7 billones y medio de yenes (60.000 millones de dólares) presentado en febrero de 1999, a cambio del cual se suponía que los bancos iban a sufrir una reestructuración general. En lugar de ello, no obstante, muchos de los grandes bancos se fusionaron para formar cuatro grupos bancarios colosales «demasiado grandes como para quebrar», que siguieron siendo dirigidos como antes. Koizumi ha propuesto ahora que la empresa pública «Resolución y Recaudación» acuda en ayuda de los bancos utilizando el dinero de los contribuyentes para rescatar los préstamos incobrables. Además de abandonar la promesa de febrero de 1999 de no seguir financiando con dinero público a los bancos, en ese plan hay problemas importantes. Si hay que liquidar la deuda a precios de mercado, no sería en absoluto preciso recurrir a la RR. Si, por otra parte, la RR se convierte en un instrumento significativo de intervención burocrática, seleccionando los préstamos que hay que liquidar y determinando su precio, es evidente la posibilidad de manipulación fraudulenta y de corrupción. Dado que ni el plan ni el proyecto de legislación prevén la asignación de responsabilidades, no hay ninguna seguridad de que no se generen simplemente nuevas deudas en lugar de las saldadas, abriéndose así un nuevo ciclo que acabe en otra remesa de créditos incobrables en el futuro.

¿Qué tipo de calendario tiene en mente el gobierno japonés? En agosto de 2001, Yanagisawa Hakuo, ministro de Estado para Asuntos Financieros, declaró que podría llevar siete años reducir a la mitad los 17,4 billones de yenes a que ascienden las deudas de peor categoría, sin eliminarlas; y eso sólo significa una parte diminuta del total de deudas que consideran «incobrables» el FMI, el Tesoro estadounidense y otros analistas. Ante la brusca interpelación de Bush sobre plazos de vencimiento en su encuentro en Washington tras el 11 de septiembre, al que nos hemos referido al comienzo de este artículo, Koizumi respondió desahogadamente: «Entre dos y tres años». Más tarde compareció ante los reporteros reunidos en el césped de la Casa Blanca, conmovido, y desde luego no mostrándose discreto, para ofrecer una rueda de prensa improvisada en inglés, diciendo «me complace mucho decir que somos amigos», y anunciando:

Hemos tenido una conversación muy amistosa, y les comunico lo que pienso: los japoneses estamos dispuestos a apoyar a Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo. Podemos estar seguros de que alcanzaremos ese objetivo global. Debemos combatir al terrorismo con determinación y paciencia. Hemos tenido un buen encuentro, un fantástico encuentro²⁰.

²⁰ Oficina de la Secretaría de Prensa, Casa Blanca, 25 de septiembre de 2001.

A la pregunta sobre si Japón contribuiría en la práctica al presupuesto de guerra y –cuestión subrayada por la Casa Blanca– a la reconstrucción de posguerra, no sólo de Afganistán, sino de la región en torno suyo, Kizumi replicó inmediatamente: «En todo». Las recientes compras de activos japoneses «improductivos» por parte de inversores y fondos de alto riesgo estadounidenses –conocidos en Japón como *hagetaka* (buitres)– indica quizá lo que podía tener en mente. El centro turístico Gaia es sólo el más conocido de esos activos «improductivos»²¹.

La privatización constituye un aspecto central de las propuestas de reforma de Koizumi, por mucho que haya razones para dudar de su eficacia. El caso más notable de privatización en los últimos años fue el de la Compañía Nacional de Ferrocarriles, llevada a cabo por el gobierno Nakasone en 1987 alegando sus elevadas deudas, de 37 billones de yenes (280.000 millones de dólares). Catorce años después, los activos se habían vendido, pero las deudas seguían en pie, habiendo sido transferidas al Estado en 1998 mediante una ley especial, *Kyukokutetsu saimu shoribô*, aumentadas en un billón de yenes. Los candidatos actuales de Koizumi son el Servicio Postal y la Empresa Pública de Autopistas, que por sí sola acumula una deuda de unos 23 billones de yenes (más de 170.000 millones de dólares) y que se cree que se halla en una situación financiera aún peor que la de la Compañía Nacional de Ferrocarriles en vísperas de su privatización²². Otros bocados escogidos para los acaparadores de activos pueden ser la empresa de construcción de puentes Honshu-Shikoku, responsable de los tres puentes que unen actualmente las dos islas, con deudas que rondan los cuatro billones de yenes (30.000 millones de dólares) y el aeropuerto de Kansai, con un billón de yenes (7,5 mil millones de dólares) de deudas, que se está hundiendo lentamente en el lodo de la bahía de Osaka, a pesar de lo cual se le ha dado luz verde para proceder a la segunda fase de ampliación, cuyos costes adicionales se estiman en 1,56 billones de yenes (unos 12.000 millones de dólares).

Baluartes burocráticos

Parece inevitable que, en última instancia, se aumenten los impuestos y se recorten los gastos. En 1998 el conocido economista Takenaka Heizo propuso formalmente al Consejo de Estrategia Económica del primer ministro Obuchi elevar el impuesto sobre el consumo al 14 por 100. Su recomendación fue aparentemente respaldada pero no adoptada, presumiblemente debido a que la última vez que se elevó ese impuesto –del 3

²¹ TSURUMI, «El Plan de Cooperación de 7 Puntos»; «¿Por qué urge Estados Unidos a Japón a traspasar los préstamos incobrables?», *JPS News* (18-21 julio de 2001).

²² Katô HIDEKI y Kôsô NIHON, «El truco abracadabrante de la “administración saneada” de la Empresa Nacional de Autopistas», *Chûô kôron* (agosto de 2001), p. 154; «El examen de las instituciones públicas hace aún más triste la realidad», *Nikkei Weekly* (25 de junio de 2001), p. 6.

al 5 por 100, en 1997– la débil recuperación perdió impulso rápidamente, y el PDL apoyo popular. Takenaka es ahora ministro de Estado para Política Económica y Fiscal, y se ha convertido en la mano derecha de Koizumi. Su aumento de impuestos probablemente se pondrá en práctica si lo permiten las circunstancias políticas, aunque recientes estimaciones sugieren que ahora habría que subirlo al 20 por 100 o más aún.

En cuanto a los recortes en el gasto, el PLD y sus socios de coalición han desarrollado desde 1991 una política oficial de revisión de los compromisos de obras públicas, pero se ha tratado de una reforma cosmética más que de un ejercicio de cirugía: en consecuencia, menos del 0,5 por 100 de los aproximadamente 8000 proyectos examinados se han cancelado, y ni uno solo de la lista de los «100 peores» elaborada por un influyente grupo de economistas y ambientalistas. Uno de los casos más notorios es el muy caro, innecesario y rechazado proyecto de drenaje del área de humedales de Isahaya del lago de Ariak situado en la prefectura de Nagasaki, la mayor de Japón pero que se está secando, muriendo sus famosas almejas y hundiéndose su industria de algas. Preguntado por esta cuestión en su primera sesión de la Dieta como primer ministro, Koizumi respondió recitando como justificación un ensayo elaborado por uno de sus burócratas. También está claro que el compromiso con el poder nuclear y la alianza militar con Estados Unidos siguen siendo el santo de los santos.

Cuando Koizumi amenazó por un momento esa otra vaca sagrada, el fondo anual de 6 billones de yenes (45.000 millones de dólares) destinado a la construcción de autopistas –regularmente complementado con grandes subvenciones de fondos públicos FILP–, prácticamente todos los gobiernos locales del país se unieron en la protesta y el escándalo que se produjo proporcionó un indicio de lo que podría suceder si procediera a seriamente a dismantelar el *doken kokka* en su conjunto. La construcción de carreteras ha sido decisiva para el Estado constructor japonés: las sumas asignadas en los sucesivos planes quinquenales crecieron continuamente desde 6,6 billones de yenes (50.000 millones de dólares) en 1967 hasta 78 billones de yenes (588.000 millones de dólares) en 2000. Sus beneficiarios van desde granjeros locales que dependen de un ingreso suplementario obtenido de su trabajo en la construcción, hasta burócratas *amakudari* («caídos de los cielos»), que ceban sustanciosos puestos para después de la jubilación en las varias instituciones semipúblicas que se ocupan de las carreteras del país. Menos de un mes después de que se anunciaran los recortes en la construcción de autopistas el PLD dió marcha atrás, diciendo que tan sólo se comprometía a estudiar el problema.

Como indica Igarashi Takayoshi –probablemente la mayor autoridad japonesa sobre el *doken kokka*–, la propuesta de carreteras de Koizumi abrió la cuestión de todas las cuentas sacrosantas: por ejemplo, el plan quinquenal de cuotas para gestión del agua y alcantarillado (24 y 23 billones de yenes, o 181 y 174.000 millones de dólares, respectivamente). De hecho, puso en cuestión todo el sistema *Zensô* con el que los burócratas se apropian de

enormes cantidades de dinero del contribuyente sin tener que rendir cuentas públicamente. Entre tanto, en el contexto de las discusiones sobre la reforma estructural administrativa, el antiguo Ministerio de la Construcción acaba de ser notablemente ampliado, fusionándose con el Ministerio de Transportes, la Agencia Nacional de Obras Públicas y la Agencia del Desarrollo de Hokkaido, para crear el Ministerio de Obras Públicas y Transportes, un superministerio que cuenta con 70.000 burócratas y que gestiona el 80 por 100 de todo el dinero destinado a obras públicas: entre 40 y 50 billones de yenes, es decir, unos 350.000 millones de dólares. Parece poco probable que eso sirva como prólogo a severos recortes presupuestarios y de obras públicas. En octubre de 2001 se informó que el nuevo Ministerio se oponía firmemente a cualquier reducción en el kilometraje de autopistas que había de construirse de acuerdo con lo estipulado en el *Zensô* de 1987.

Descontentos con el medio ambiente

Hay, sin embargo, indicios de resistencia al *doken kokka* en el ámbito regional, donde se está comenzando a considerar seriamente la necesidad de una alternativa radicalmente diferente, democrática y sostenible. Intensas campañas locales han obligado al abandono del proyecto de construcción de la presa planeada en el estuario del río Yoshino y de la de Hosogôchi situada en Kitô, ambas en la prefectura de Tokushima, en Shikoku (en el caso del río Yoshino se llegó a celebrar un plebiscito). En la prefectura de Shimane, se ha frenado por fin la desalinización y recuperación de gran parte del lago Nakaumi, aunque las obras estaban a punto de finalizar. En la prefectura de Aichi, una larga campaña ciudadana ha conseguido bloquear parcialmente la Expo que se planeaba realizar allí, alegando el temido impacto ambiental sobre el lugar. En las prefecturas tradicionalmente conservadoras de Nagano, Tochigi y Chiba los votantes han elegido recientemente gobernadores opuestos a los intereses del PLD. El gobernador de Nagano, Tanaka Yasuo, habla ahora de sustituir las presas de hormigón por «presas verdes», reforzando la capacidad de la naturaleza para hacer frente a fenómenos como los tifones e inundaciones, en lugar de imponer soluciones de ingeniería humana. Los intentos efectuados por Taganak de negociar una fórmula mediante la cual la dirección de la política local estaría determinada por los residentes y la sociedad civil, en lugar de por los grupos de interés particulares del *doken kokka*, han llamado mucho la atención.

Quienes se oponen al programa de Koizumi luchan por articular una alternativa políticamente persuasiva y económicamente viable. En un ensayo al que se ha dado mucha publicidad, los economistas Kaneko y Jinno han pedido reformas estructurales de largo alcance²³. Su propuesta,

²³ JINNO y KANEKO, «Parar el colapso financiero», en Kaneko Masaru, *Nihon saiseiron* (Cómo resucitar Japón), Tokio, 2000, pp. 143 ss.

que incluye la apertura a un examen crítico completo de los libros de cuentas nacionales –y por consiguiente de los negocios de los burócratas que los gestionan–, supondría una revisión drástica del Estado japonés, desplazando funciones gubernamentales clave de Tokio a las regiones, en un sistema descentralizado donde las tareas centrales de alimentación, energía y sanidad, junto con los necesarios recursos presupuestarios para gestionarlos, estarían enteramente en manos de los gobiernos locales. Las obras públicas, sometidas a controles locales y privadas de financiación deficitaria, estarían así obligadas a satisfacer las necesidades locales. La financiación que actualmente circula por las endurecidas arterias del sistema *doken kokka* se desviaría hacia sectores socialmente necesarios como bienestar, sanidad para los ancianos, alojamiento, medio ambiente y educación.

El Estado central sería responsable del establecimiento de normas mínimas de bienestar nacional y de la regulación de las diferencias entre regiones, pero en todo lo demás se refundaría, viéndose drásticamente reducidas sus funciones domésticas y convirtiéndose en un «Estado de gestión de la deuda» (*Saimu kanrigata kokka*). La propia deuda debería congelarse y reducirse poco a poco, siguiendo una estrategia a largo plazo para gestionar las finanzas nacionales: vendiendo los activos nacionales acumulados cuando los precios de las acciones estén altos y convirtiendo los bonos del Tesoro cuando las tasas de interés bajen. Lo que Kaneko y sus colegas proponen es nada menos que una redefinición del modelo de Estado-nación moderno establecido en la constitución de 1899 y poco cuestionado desde entonces; y un retorno, al menos en parte, a los moldes altamente descentralizados de la era Edo premoderna. Su «relocalización» puede considerarse no sólo como respuesta a la crisis fiscal y económica sino también a las fuerzas alienantes de la globalización: normas locales para reemplazar las globales, o estadounidenses. Aunque sus objetivos pueden parecer imposibles, indican el sentimiento generalizado de la necesidad de un cambio democrático fundamental.

¿Más allá del capitalismo desarrollista?

El *doken kokka* puede considerarse como una faceta del «capitalismo desarrollista» que ya analizó Chalmers Johnston²⁴. Pero mientras que el trabajo de éste se centraba en el Ministerio de Comercio Internacional e Industria, el de Finanzas es mucho más poderoso y la influencia de su Oficina de Fondos Fiduciarios tiene mayor impacto que cualquier plan del MCII. En las últimas tres décadas, las formas de desarrollo del *doken kokka* se han ido deslizando poco a poco de la benignidad o neutralidad presupuestaria –en la medida en que el crecimiento y el consiguiente

²⁴ *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*, Stanford, 1982.

aumento de la recaudación tributaria evitaba que se acumulara el déficit— a la malignidad presupuestaria en cuanto desaparecieron los grandes ingresos de la década de 1980 y se interrumpió el crecimiento. Mientras que el sector industrial se ha adaptado —aunque con grandes costes sociales— al orden neoliberal, el sector de la construcción incluso ha reforzado su influencia sobre el Estado. Los intereses políticos, burocráticos y económicos creados en torno al *doken kokka* han dado lugar a una estructura enormemente ramificada, aparentemente invulnerable, aunque las bases sobre las que se construyó —las curvas de crecimiento siempre ascendente, o *migikata'agari*— se vinieron abajo.

Aunque el sector de la construcción y sus promotores financieros engordaron a partir del sistema de apoyo artificial que mantenía el *doken kokka*, drenaron recursos del resto de la economía, especialmente del sector de las pequeñas y medianas empresas en el que está empleada la mayoría de la gente. Koizumi acostumbra a repetir cuánto dolor provocarán sus reformas; pero las actuaciones pasadas del gobierno, saliendo fiador de los propios bancos y las empresas constructoras que habían inflado la burbuja bursátil y la deuda al tiempo que ignoraba a las pequeñas empresas políticamente más débiles, sugiere que es probable que ese sufrimiento se distribuya en proporción inversa a la responsabilidad. Obviamente Koizumi no dice nada acerca de a quién se debería atribuir la misma, comportándose como si las graves pérdidas sufridas por el pueblo japonés fueran resultado de una decisión divina más que de la codicia y negligencia de los Señores del triángulo de hierro.

Paradójicamente, Japón es todavía uno de los países más seguros, accesibles y prósperos; pero sus bases impositivas y bancarias se están erosionando. Las líneas de fractura son muchas. Aun si se pudiera resolver la cuestión de los préstamos del sector privado, el sistema depende todavía por completo de su capacidad para refinanciar o ampliar su enorme deuda pública. Aunque fuera únicamente por razones demográficas, pronto no será posible satisfacer las obligaciones del Estado al nivel actual de cerca de 50 millones de yenes anuales. Desde el 2003, poco más o menos, la proporción requerida para bienestar y pensiones públicas, en esa sociedad que envejece rápidamente, aumentará mucho, con una factura de más de 70 millones de yenes absolutamente imposible de satisfacer. Además, para refinanciar la deuda debe mantenerse la confianza en el sistema de los inversores. Aunque el Estado japonés sigue siendo una garantía estable, las agencias internacionales vienen disminuyendo constantemente la calificación de solvencia del país; desde 1999, cuando se difundió la amplitud de la deuda, los inversores privados comenzaron a retirarse del mercado de bonos, siendo reemplazados por inversores institucionales y bancos²⁵. Con un tipo de interés nulo y una economía en recesión, era

²⁵ La cantidad de bonos del Tesoro en posesión de los bancos creció desde un nivel de aproximadamente 30 billones de yenes (226.000 millones de dólares), mantenido a lo largo

de sentido común que los bancos invirtieran en bonos nacionales o del Tesoro estadounidense más que en los sectores de pequeñas y medianas empresas que han venido hasta ahora pagando el pato. Si el yen se debilita más aún, los depósitos japoneses en la caja postal, los seguros de vida y los fondos de pensiones pueden comenzar a fluir hacia otros sistemas que ofrezcan tipos más competitivos; el poder de la burocracia para obligar a los bancos y fondos de pensiones a comprar grandes cantidades de bonos nacionales puede comenzar a erosionarse.

El aumento de las tensiones regionales

Aunque Koizumi reitera constantemente —con el aplauso general— sus lemas de «reforma estructural» y «fuera santuarios», no ofrece un programa creíble. De hecho, el sistema de intermediación de la política de intereses está tan anclado que se dice que al mismo tiempo está buscando enormes fondos *pork* a fin de construir el puente más largo del mundo en su propia circunscripción: cruzando la bahía de Tokio desde Yokosuka, en la prefectura de Kanagawa, hasta Futtsu, en la de Chiba. Al borde de una espiral deflacionista, y sin seguridad acerca de qué tipo de nuevo orden se desea, los recortes presupuestarios y los movimientos del sector bancario para deshacerse de los créditos incobrables están comenzando a incrementar las tensiones sociales sin ofrecer ninguna certeza de un futuro mejor.

El apoyo popular al primer ministro Koizumi durante su primer verano en funciones creció hasta un nunca visto 90 por 100 (habiendo disminuido pocos meses antes con Mori hasta un igualmente nunca visto 8 por 100). Su boletín distribuido por correo electrónico alcanzó 2 millones de suscriptores y su imagen adornaba camisetas, carteles y teléfonos móviles. Con 59 años, Koizumi era relativamente joven, tenía un rostro fresco, una ejecutoria limpia y modales más abiertos; pero en la medida en que su prestigio popular tenía raíces políticas, probablemente se debía sobre todo al hecho de que se lo veía como la mejor esperanza para terminar con la política del PLD; en otras palabras, para combatir, e incluso liquidar, al partido a cuyo servicio había dedicado su carrera política. Pero después de su primer año en funciones la euforia se está desvaneciendo, mientras que la crisis se hace más profunda. Cualquier reforma viable llevará cuando menos una década y tendrá que afrontar los intereses profundamente arraigados del Estado constructor. En el ínterin, el pueblo japonés afronta tensiones sociales y políticas cada vez mayores y fuertes reducciones de ingresos. Existe el miedo de que, en ese clima, el populismo de Koizumi pueda abrir la puerta a corrientes más autoritarias. Entre tanto, la petición de una «auditoría especial» del FMI en septiembre

de la década de 1990, hasta 79,4 billones de yenes (más de 600.000 millones de dólares) entre abril de 1999 y abril de 2001.

de 2001 suena más bien al recurso habitual de políticos cobardes a «presiones externas» para imponer reestructuraciones neoliberales.

Con la bendición tácita estadounidense, se le ha permitido al yen debilitarse considerablemente, cayendo un 18 por 100 frente al dólar desde octubre de 2001 con la esperanza de alentar las exportaciones japonesas lo bastante como para aportar vida a la economía. El margen de manobra es escaso: un yen demasiado bajo podría propiciar una fuga de capitales, presionando en favor de un incremento de los tipos de interés; dada la gargantuesca amplitud de la deuda, el más mínimo aumento tendría efectos calamitosos. Al mismo tiempo, el yen tendría que debilitarse mucho más para generar un auténtico impacto. El HSBC calcula que una depreciación del 10 por 100 tan sólo sumaría un punto porcentual al crecimiento del PIB en dos años, lo que no es suficiente para sacar a Japón de la recesión²⁶. Ya ha habido severas advertencias de China, Corea del Sur y Malasia de que la caída del yen amenaza desencadenar una espiral competitiva de devaluaciones en el Este y el Sureste asiáticos, sometiendo a una región que todavía se está recobrando de la crisis financiera de 1997 a una nueva oleada de inestabilidad. Pero también amenaza exportar la recesión japonesa a una economía global mucho menos preparada para afrontar tales traumas de lo que estaba en el punto más alto de la expansión estadounidense. A lo largo de la década de 1990 el deterioro económico de Japón se consideraba un problema esencialmente doméstico; eso ha cambiado ahora. En esta situación, el marchamo posmoderno del nacionalismo vulgar de Koizumi sólo puede exacerbar unas tensiones regionales que ya están en ascenso.

²⁶ David PILLING y John THORNHILL, «Japan's Currency Trap», *Financial Times* (16 de enero de 2002).